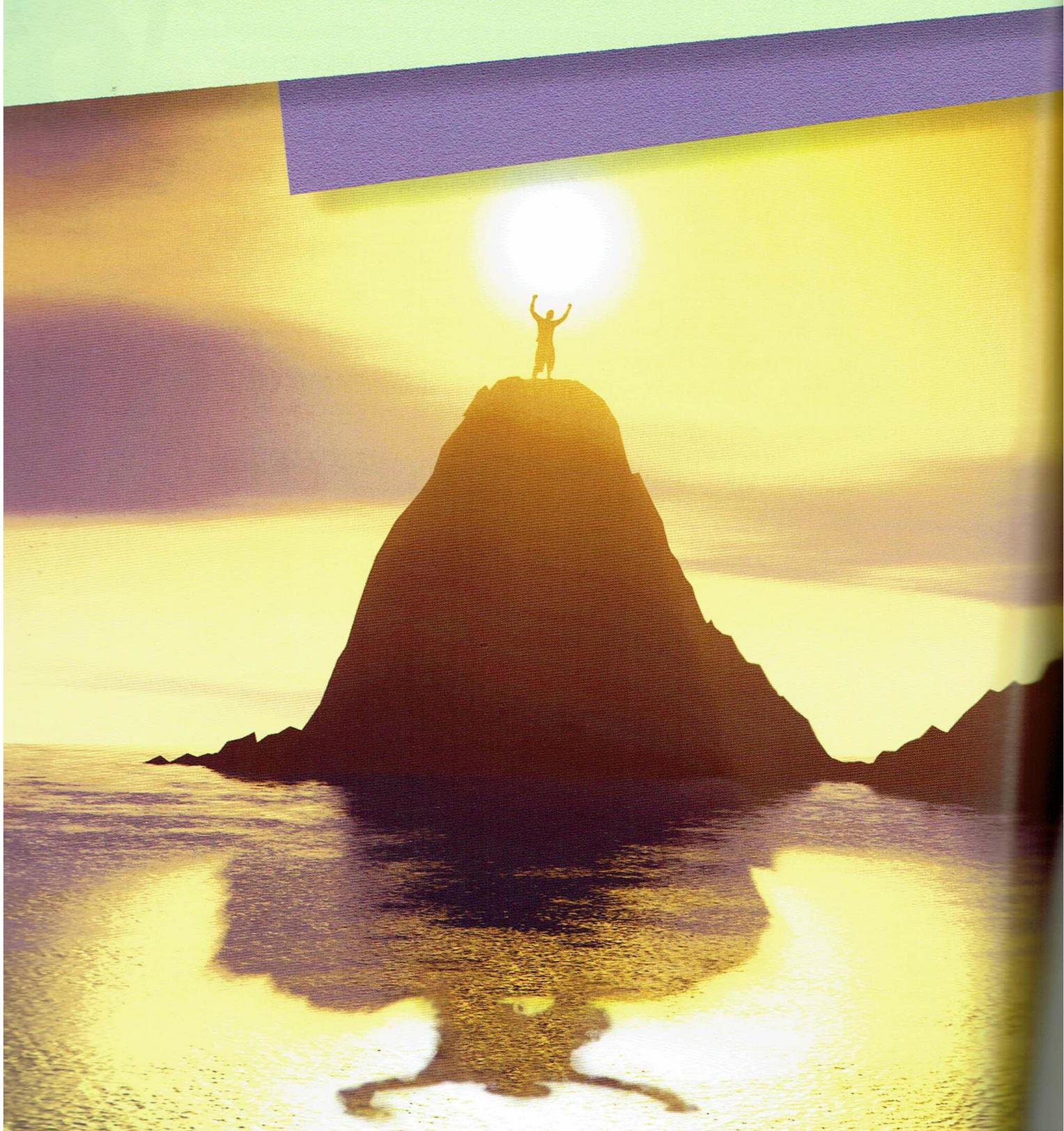


Una gran conquista

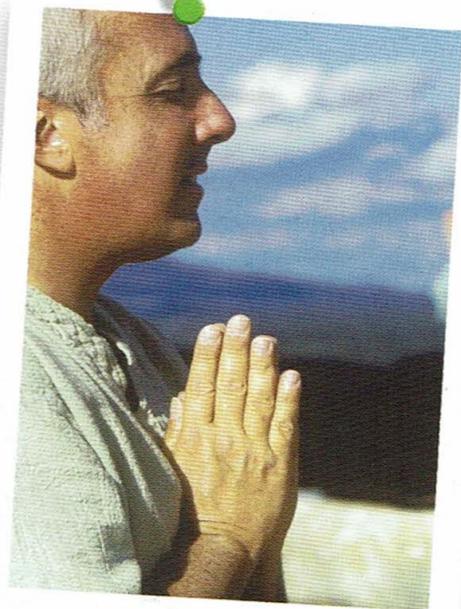


Carta
17

Querida hija... Querido hijo...

Tú, como la mayoría de las personas jóvenes, sientes una profunda admiración por muchos de los héroes que recuerda la humanidad, y no te falta razón para admirarlos. Se trata por lo general de personajes que en un momento determinado supieron entrar en la inmortalidad de la fama mediante una actuación brillante y destacada. Está bien que se honre y se venera el recuerdo de esos personajes. Son los vencedores. Son los que, dominando las circunstancias adversas, supieron imponer una fuerza, una idea o una cualidad. Pero, hijo mío, ¿crees que son ellos los únicos triunfadores? ¿Es su victoria la más valiosa? ¿No hay acaso alguna otra forma de victoria que ante los ojos del Todopoderoso tenga posiblemente más valor que la que alcanzan algunos de los hombres más prominentes? Con poco que pienses, estarás de acuerdo conmigo en que sí la hay. Se trata de la victoria del carácter, la victoria de la fe, la victoria del amor. Es posible que este triunfo no fulgure como el relámpago del acero que en el campo de batalla busca la fama, ni reclame una estatua en nombre de un descubrimiento científico, pero merece la aprobación de Dios y, además, está al alcance de todo ser humano, también al tuyo, hijo mío. Quizá ya hayas descubierto que el ser humano es por naturaleza orgulloso y egoísta. A veces, contra toda razón y conveniencia, se obstina

en una actitud de rebeldía contra el Supremo Creador. Dicha actitud vuelve inútiles para él toda la buena voluntad y el deseo del Todopoderoso de bendecirlo con las más grandes de las bendiciones. Esto implica el compañerismo y la sabiduría de Aquel que todo lo puede. A veces manifiesta el ser humano esa misma actitud rebelde hacia quienes lo rodean. Pero, tenlo bien en cuenta, será victorioso quien con la ayuda de Dios sea capaz de enterrar toda opinión personal egoísta, todo prejuicio, toda convicción basada en el amor propio. Que acepte la opinión sensata y cristiana de todo el que pueda ser una inspiración para él y, sobre todo, que sea capaz de aceptar la dirección del Creador. Quiero recordarte estas palabras de Pablo: “Por lo tanto, mediten en el ejemplo de Jesús, que sufrió tanta contradicción de parte de los pecadores; por eso, no se cansen ni se desanimen” (Hebreos 12: 3).



Que tu pensamiento, hija mía... hijo mío, se ponga a tono con el pensamiento del Señor Jesucristo. De esa manera no marcharás por la vida cargado de fatiga, llevando a cuestas rebeldía y orgullo. Más bien seguirás la senda normal y digna de quien sabe marchar de acuerdo con los principios divinos.

Te he oído decir a veces que esperas triunfar en la vida. Recuerda que para poder hacerlo debes alcanzar, Dios mediante, la victoria sobre ti mismo.

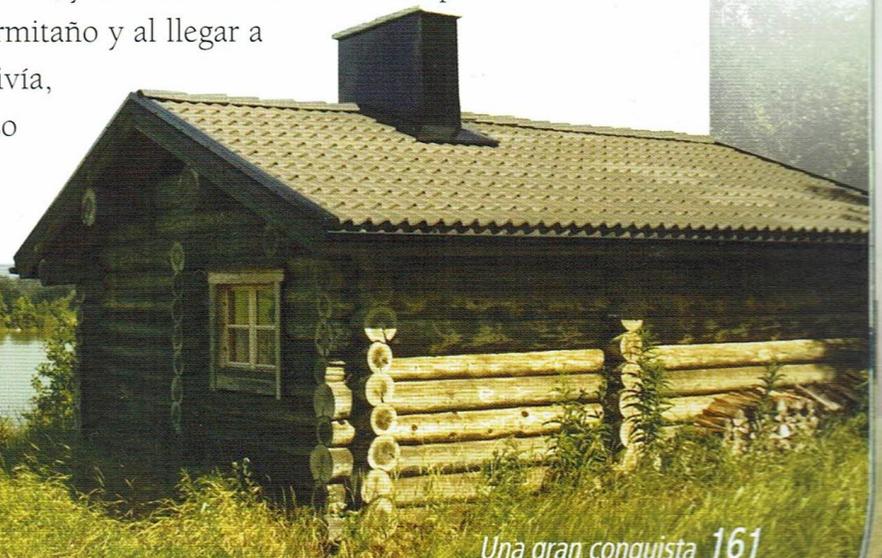
Si, por ejemplo, encuentras que se te desatiende y se te olvida; si por azar de las circunstancias, o por deliberada acción de alguien, te encuentras ubicado o

ubicada en el último lugar y sabes, Dios mediante, **mantener el dominio** propio; si en lugar de **sucumbir al desagrado** o a la ira, y de levantar tus palabras en son de protesta airada, le agradeces al Señor por la lección que eso puede contener para ti; entonces, hija mía... hijo mío, serás un verdadero vencedor o una verdadera vencedora. Habrás realizado la más extraordinaria de las conquistas.

Si eres capaz de soportar el dolor con ánimo sereno y aprendes a confiar en Dios reconociendo que él es la fuente de la sabiduría y que tú no puedes imponerle al Todopoderoso tus opiniones, ni tus caminos, ni tu criterio, entonces serás un vencedor o una vencedora.

Se dice que un **ermitaño** que habitaba en cierto lugar del **desierto** decidió plantar un **olivo** cerca de la cueva en que vivía. Consiguió un árbol pequeño y lo plantó frente a su vivienda.

Pensando que le hacía falta agua rogó a Dios que se la mandara, y llovió. Supuso luego que al árbol le haría bien el calor y se lo pidió a Dios. El sol brilló y calentó al árbol. Opinó luego que a su árbol le harían bien y le fortalecerían algunas **heladas**. Oró a Dios de nuevo pidiéndole heladas para su árbol, y Dios se las envió. Por fin, el ermitaño consideró que el árbol **arraigaría** mejor y se haría más fuerte si soplara el viento. Por tanto, le pidió a Dios viento. Luego sopló un viento del sur, y el árbol murió. Poco tiempo después fue a visitar a otro ermitaño y al llegar a la cueva en que aquel vivía, vio frente a ella un hermoso olivo todo florecido.



—¿Cómo es esto, hermano? —le preguntó—. Tú tienes aquí un hermoso olivo.

—Sí, lo planté hace tiempo. Dios lo ha bendecido y ha crecido con normalidad.

—¡Ah!, hermano, yo también planté un olivo y cuando pensé que le hacía falta agua, pedí a Dios agua, y Dios se la dio; luego quise que tuviera calor y Dios envió calor. Más tarde pedí a Dios heladas, y el árbol las tuvo. También le pedí vientos para que lo fortalecieran, pero mi árbol murió.

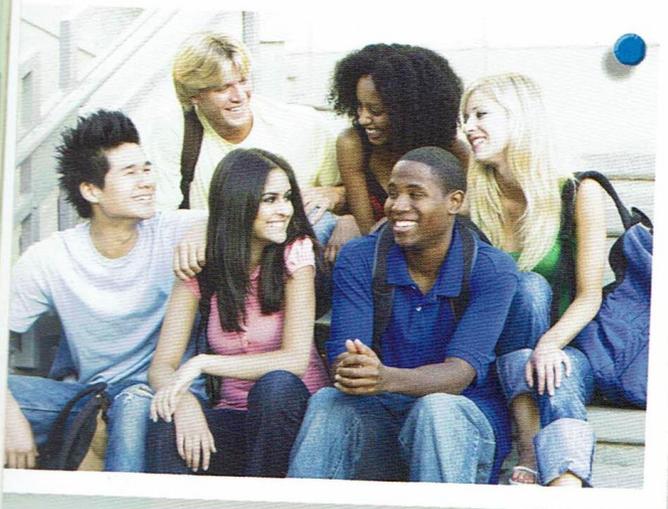
—Pues yo, hermano mío —replicó el otro ermitaño—, dejé mi árbol en las manos de Dios porque él es el único que sabe lo que el árbol necesita.

Así es. Deja en manos de Dios tus preocupaciones y serás feliz.

Aprende a **sobrellevar** tus derrotas y también tus triunfos. **No olvides tampoco que a veces es más difícil soportar la victoria que la derrota.** Podría ocurrir que lo bueno que hagas o que procures hacer sea **malinterpretado** por

los demás. Eso no debe afectar en lo más mínimo la intensidad de tu esfuerzo.

Si, como alguien ha dicho, “no se toman en cuenta tus deseos, si se procede contra tu gusto, si tus consejos se ridiculizan y se **menosprecian** tus opiniones”, y lo recibes todo con tranquilidad, sin que nada altere tu serenidad, entonces, hija mía... hijo mío, serás un vencedor o una vencedora.



Dirás, y con razón, que semejante victoria es difícil. Podrías agregar que no te sientes con fuerza como para soportar tales afrentas, y también en esto estaría de acuerdo contigo. Pero si abres tu corazón a la bondad, al amor y a la fortaleza del Señor Jesucristo, entonces nada habrá imposible para ti. Podrás decir con las palabras del apóstol: “A todo puedo hacerle frente, gracias a Cristo que me fortalece” (Filipenses 4: 13).

La vida podrá colocarte más de una vez en situaciones difíciles. Pero serás un vencedor o una vencedora:

- Si frente a ellas sabes obrar con altura, y eres capaz, si fuera necesario, de adaptarte a cualquier incomodidad.
- Si no vives quejándote del **vestuario**, o del alimento, o del clima.
- Si en medio de cualquier compañía eres capaz de mantener **incólumes** los principios cristianos y vivirlos como debes.
- Si te adaptas alegremente a cualquier posición, aun cuando tuvieras que vivir alejado de los demás en un lugar solitario porque Dios te llamase a vivir allí.

Si todo lo anterior lo haces con altura y con grandeza de alma, vuelvo a repetirte lo que ya te he dicho varias veces en esta carta: que a menudo suspiramos por cosas que son completamente inútiles y hasta **perniciosas** para nuestra vida, pero por el **ambiente artificial** en que solemos movernos, llegamos a considerarlas indispensables.

Se dice que cierto día **Sócrates** paseaba por el puerto del **Pireo** y contemplaba la enorme cantidad de mercancías que se descargaban de los barcos que se encontraban allí anclados. Acari-



ciándose con satisfacción la barba, dijo a sus discípulos: “¡Cuántas cosas hay en el mundo que yo no necesito!”

Leía hace algún tiempo las siguientes palabras de Enrique Gay Calbo que quiero transcribir aquí:

—Es un individuo de vida tan serena que nunca le sucede nada extraordinario. Todo está regulado, y tiene todo lo que desea.

—Entonces ha encontrado el secreto de la felicidad. ¿Tiene riquezas ese hombre?

—Es que nada posee y a nada aspira.

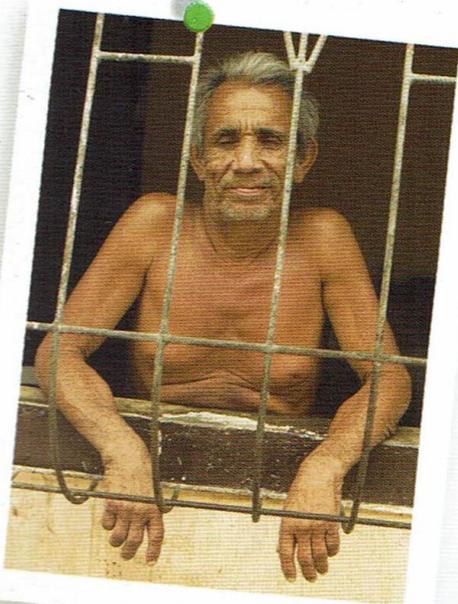
—Vamos. Es el hombre que no tiene camisa.

—Justamente, y lo tiene todo. No le importa el espectáculo de ambiciones, de codazos, de atropellos y villanías que presentan los

hombres. Vive como en un tonel y solo quiere que Alejandro no le quite el sol. Cuando vemos a un infeliz que arrastra su humildad y su insignificancia, nuestro primer impulso es compadecerlo.

¿Por qué? ¿Sabemos acaso los quilates de su felicidad oculta? Aquel individuo tal vez pueda darnos la mejor enseñanza que es la de la limitación. Puede haber hecho de su propia pequeñez un manantial de alegría silenciosa e inalterable”.

Quiero ir aun más lejos al señalarte hechos que constituyen victorias. Si puedes, aunque no las apruebes, tolerar las faltas que haya en los demás, si no te impacienta el mal genio de los que te rodean, si tu se-



renidad no mengua ante los errores y la irregularidad de que no eres responsable, entonces serás vencedor.

En cierta ocasión el poeta norteamericano James Whitcomb Riley viajaba en un tren y escuchó algunas ásperas reconvenciones del encargado porque había violado de forma inocente algunas reglas de la compañía.

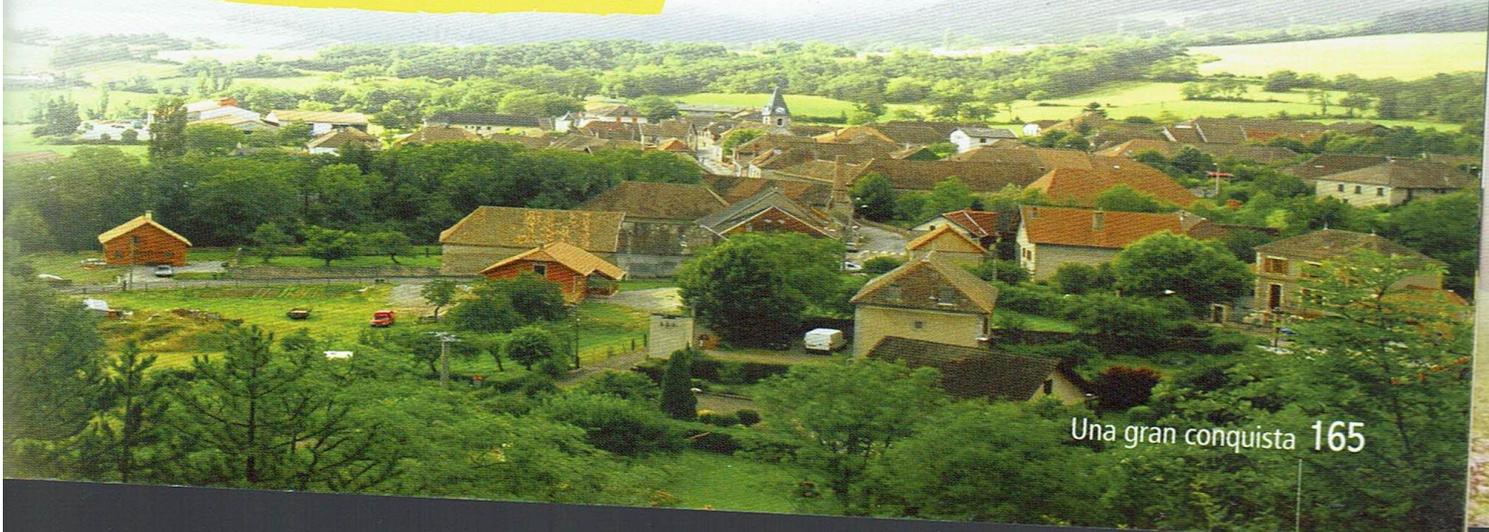
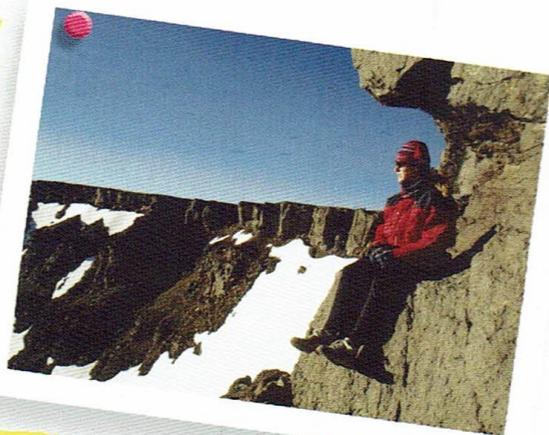
—¿No va usted a contestarle como se merece? —le preguntó un amigo de genio vivo—. Cuando menos, dará usted parte a la compañía, ¿verdad?

—No —contestó Riley—. Por mi parte, considero terminado el incidente. Si ese individuo desagradable puede soportarse a sí mismo toda la vida, bien puedo tolerarlo yo por unos minutos.

Con cuánta razón decía Constancio C. Vigil: “Como quien cultiva flores por deleite, hay que cultivar la tolerancia por delicado buen gusto. La tolerancia para con las ideas, los sentimientos, las aficiones y las flaquezas ajenas, constituye una de las más grandes pruebas de superioridad espiritual, de bondad y de cultura.

“Cuanto más egoísta, petulante y tosca de alma es una persona, mayor es su intolerancia para con los demás, mayor su incomprensión y su falta de respeto hacia las ideas e inclinaciones ajenas.

“Nadie puede atribuirse el monopolio de la sensatez, de la sabiduría y de la virtud sin impertinente petulancia, que se traduce, al cabo, en una fealdad más de la vida”.



Hijo mío, vencerás si ante toda torpeza y grosería puedes mantener intacta la finura y la delicadeza de tu espíritu. Se cuenta que años atrás un viajero que recorría la China contemplaba una larga fila de personas que ascendían por la ladera de una montaña cargados con pesados fardos. Observó de pronto que uno tras otro, al llegar a cierto punto de la peligrosa senda que seguían, se desviaban aun más hacia el temible abismo sobre el que parecían vacilar bajo sus pesadas cargas. Cuando él mismo llegó al lugar indicado trató de descubrir el motivo por el cual se desviaban en aquel punto.

Cuál no fue su sorpresa cuando vio allí creciendo entre las aberturas de las rocas una delicada planta que ostentaba una hermosa flor de color amarillo verdoso. El guía que acompañaba a aquel viajero, al ver el interés de este en el respeto que ellos manifestaban hacia aquella flor, le dijo: “El respeto hacia estas cosas tan delicadas, es lo que constituye la fortaleza de nuestro pueblo”. Si meditas en ellas, verás que estas palabras encierran una gran verdad. El respeto por todo lo bello, hermoso y delicado constituye una gran victoria.

Si te olvidas de ti mismo o de ti misma, si no haces de ti el centro de tus conversaciones ni de tus pensamientos ni de tus elogios; si tus acciones no son el tema central de lo que dices; si, como la violeta, estás satisfecho con permanecer ignorado,



entonces, hija mía... hijo mío, con toda seguridad serás vencedor. Lo serás si eres capaz de ponerte de parte de la verdad cuando todos la pisotean, si eres capaz de levantar tu voz serena y respetuosa en favor de Dios cuando todos le olvidan, niegan o blasfeman, si para ti Jesús de Nazaret es lo primero y lo último. Dirás, con las palabras del apóstol: "Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!" (Romanos 8: 37-39).

¡Dios te bendiga, hija mía... hijo mío, para que por su fortaleza seas un verdadero vencedor o una verdadera vencedora!